

Domingo 4 octubre 2009
El Evangelio de hoy

Mc 10,2-16

Desde el comienzo de la creación

El Evangelio de este domingo nos presenta una de las ocasiones en que los fariseos hacen una pregunta a Jesús esperando de él una respuesta que lo desacredite. En este caso se trata de la relación entre hombre y mujer: «¿Puede el marido repudiar a la mujer?».

Este es un tema tan fundamental que, según la Escritura, ya quedó establecido por Dios en el momento mismo de la creación del ser humano. Eso que Dios estableció es lo que enseñaba Jesús: «Desde el comienzo de la creación, Dios los hizo hombre y mujer. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne». No hay duda de que Jesús entiende la Escritura según la mente de Dios. Nadie conoce esa mente mejor que él. Su conclusión es ley de Dios: «De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien, lo que Dios unió, no lo separe el hombre».

Si ese fue el plan de Dios cuando creó al ser humano, ¿por qué el ser humano ha violado ese plan de manera tan ostensible? Porque desde el principio intervino Satanás, «la serpiente antigua» (Apoc 12,9) que, engañando al hombre y la mujer, logró arruinar el plan de Dios. Lo que antes del pecado era un grito de gozo de Adán -«Ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne; se llamará mujer, porque del hombre ha sido tomada» (Gen 2,23)-, se transformó después del pecado en una acusación contra la mujer y un reproche contra Dios: «La mujer que me diste por compañera me dio del árbol y comí» (Gen 3,12). La primera consecuencia del pecado es romper la unión indisoluble entre el hombre y la mujer.

El plan de Dios no iba a quedar arruinado para siempre. La victoria no iba a ser de la serpiente. Por eso Dios promete un descendiente de la mujer que derrotará a Satanás: «Él te pisará la cabeza» (Gen 3,15), que es el gesto del rey vencedor contra el vencido. Cuando Jesús vino a restituir la relación entre el hombre y la mujer según el plan original de Dios, demuestra que él es quien pisa la cabeza de la serpiente, que había arruinado -y sigue intentando arruinar- ese plan.

Según la convicción de los judíos del tiempo de Jesús, Moisés era el autor de todo el Pentateuco (los primeros cinco libros de la Biblia), llamado por ellos «la Ley de Moisés», y obviamente, la parte más fundamental es el rela-

to de la creación por parte del Dios único. Ya hemos dicho que el plan de Dios sobre las relaciones entre el hombre y la mujer fue arruinado por Satanás y reinó un gran desorden en esa relación. No era Moisés el que debía vencer a Satanás y volver las cosas al plan de Dios. Moisés no pudo contra la dureza del corazón del ser humano. Por eso, perdido en el Deuteronomio, se encuentra esta concesión: «Si un hombre toma una mujer y se casa con ella, y resulta que esta mujer no halla gracia a sus ojos, porque descubre en ella algo que le desagrada, le redactará un libelo de repudio, se lo pondrá en su mano y la despedirá de su casa» (Deut 24,1).

Cuando Jesús pregunta a los fariseos: «¿Qué les prescribió Moisés?», ciertamente está pensando en el texto más fundamental del Génesis y no en esa norma secundaria del Deuteronomio, que Jesús explica así: «Por la dureza del corazón de ustedes escribió Moisés para ustedes ese precepto».

Con su muerte en la cruz Jesús nos obtuvo la gracia para poder vivir la relación entre el hombre y la mujer según el plan original de Dios y poner así las bases de una verdadera familia, que es una comunidad de vida y amor fundada en la unión indisoluble entre un hombre y una mujer. Contravenir el plan de Dios es la causa de los numerosos males que sufre la sociedad hoy y que ha sufrido siempre. No es casualidad que en el episodio siguiente se trate sobre los niños, que son los que más sufren por esa causa.

+ Felipe Bacarreza Rodriguez
Obispo de Santa María de Los Ángeles